

El Bautismo y la Santa Cena **¿Cuál es el orden bíblico de los símbolos?**



Frédéric Buhler

Versión castellana de la obra *Baptême et Cène. Quel est l'ordre biblique des symboles?*

Traductor: Antoni Mendoza i Miralles

Primera edición: febrero del 2001

© Frédéric Buhler, edición francesa

© Edicions Cristianes Bíbliques, para la edición catalana. Apartat 10053,
08080 Barcelona-Catalunya (España)

Maquetación: AMM, Apartat 2533, 08080 Barcelona-Catalunya (España)

PREFACIO

Sea cual sea su grado de instrucción religiosa o su nivel de formación bíblica, un buen cristiano siempre estará dispuesto a renunciar a sus concepciones, si se evidencia que no están suficientemente fundamentadas en las Escrituras. No se dejará seducir por consideraciones caritativas o tolerantes, pues como dijo Vinet: “No hay caridad para las ideas”. Todo esto no ha de influenciar su fidelidad, aunque sea acusado de estrecho o formalista. La verdad primero, seguida del amor como acompañantes. “Siguiendo la verdad en amor”.

En lugar de seguir al incrédulo, al indiferente o al tibio en su actitud de languidez espiritual y estrechez de corazón, un verdadero cristiano ha de ser fiel, dejando la estrechez de espíritu pero manteniendo la amplitud de corazón. Dicho de otra manera, su amor no puede estorbar su lealtad a la Palabra de Dios.

La doctrina principal y distintiva de las iglesias de tipo primitivo no ha sido nunca el bautismo por inmersión, puesto que otros grupos lo practican. Tampoco ha sido la autonomía de la iglesia local, puesto que otros grupos religiosos se organizan de acuerdo a este principio; es la sumisión clara y sencilla a la voluntad de Dios, revelada en su Palabra, tanto en la doctrina como en la práctica cristiana.

Toda cuestión doctrinal ha de ser examinada bajo el principio de la obediencia a la enseñanza bíblica. Para un buen cristiano, la Escritura es la base de toda doctrina, de toda práctica y de todo método de actuación. Cuando se encuentra ante la Biblia, es respetuoso; cuando ella habla, calla; cuando hace una afirmación, la acepta; cuando da un mandamiento, lo obedece. Organiza su vida, administra su tiempo, ejerce sus dones, dispone de sus recursos, siempre y en todo siguiendo las directrices del Libro de Dios. La Escritura constituye la Corte Suprema que regula todo conflicto que afecta a su actividad física, intelectual y espiritual.

SIGNIFICADO BÍBLICO DE LOS SÍMBOLOS

Es superfluo insistir sobre el carácter extrabíblico de la interpretación sacramentalista de los símbolos. La enseñanza del Nuevo Testamento es clara al respecto. El Bautismo y la Cena son instituciones que el cristiano obediente debe recibir, no porque confieran gracia alguna, sino porque fueron establecidas por Cristo para ser un testimonio visible de las realidades invisibles de la vida espiritual del creyente. *“El espíritu es el que da vida; la carne nada aprovecha”* (Jn 6:63a).

1 El Bautismo

El Bautismo bíblico representa sin ninguna duda la muerte y la resurrección del bautizado con Cristo. Así lo vemos en textos como Romanos 6:3-5 y Colosenses 2:12. Este acto describe de la unión del creyente con su Salvador (1Co 12:13; Gá 3:27). De lo que se desprende que únicamente los que han sido regenerados deben ser bautizados, pues sin las realidades de la muerte a uno mismo y del nuevo nacimiento, el **bautismo** queda vacío de significado; no sería en todos esos casos un bautismo bíblico.

El significado de este símbolo es aún más evidente por el método apostólico de bautizar: la inmersión. Los historiadores serios y honestos de todas las confesiones eclesiológicas, incluso aquellos que practican la aspersion o el rociamiento, admiten que la iglesia primitiva practicaba la inmersión. Pero no es necesario recurrir a este argumento histórico. El estudio atento e imparcial del Nuevo Testamento llevará al mismo resultado. La palabra griega **baptizo** quiere decir sumergir, inmergir. **Bautizar** es una transcripción y no una traducción del original. ¡Qué claros que llegan a ser los textos, cuando se traducen acertadamente! Jesús “subió” del agua (Mr 1:10), Juan sumergía en Enón, porque había mucha agua (Jn 3:23), Felipe y el eunuco “descendieron” al agua y “subieron” (Hch 8:38-39). La inmersión simboliza una sepultura (Ro 6:4). Jesús habla de su muerte como de un bautismo en la angustia (Lc 12:50).

2 La Cena

Jesu-Cristo mismo indicó anticipadamente el sentido profundo de la Cena en Juan 6:53-58. Cristo es el alimento que el cristiano debe tomar para su alma. Él es nuestro Cordero Pascual, el Pan de Vida, el Maná Celestial. Él nos hace, día a día, encontrar en él la fuerza espiritual. La Cena representa esa realidad. Según la Palabra de Dios, se toma bajo la forma de pan y de vino, símbolos del cuerpo entregado y de la sangre derramada por nuestros pecados. Por la observancia de la Cena, el cristiano y la iglesia expresan su fe en el sacrificio expiatorio del Salvador, en la unidad de Su cuerpo y en su glorioso advenimiento.

3 Semblanzas

Los dos símbolos son instituciones que no dan ningún beneficio por sí mismos. El Bautismo no salva, la Cena no santifica. Ambos presuponen un estado de gracia anterior: por el Bautismo, la conversión, y por la Cena, la dependencia espiritual de Cristo.

Los dos símbolos enseñan la muerte del Salvador: el Bautismo recuerda la salvación y el nuevo nacimiento hechos posibles por el sacrificio expiatorio; la Cena habla de santificación y de una vida nueva resultante de la comunión en la muerte de Cristo.

Los dos símbolos constituyen, cada uno, manifestaciones públicas de la fe de los creyentes. Pierden su sentido de testimonio cuando se observan privadamente. El candidato al Bautismo debe testificar delante de los hermanos que ha experimentado la regeneración. El que participa en la Cena debe testificar ante sus hermanos, y en comunión con ellos, su dependencia de Cristo para su crecimiento espiritual.

Los dos símbolos son instituciones permanentes para toda la era cristiana. Deben ser practicados para “*cumplir toda justicia*” y en memoria de Él “*hasta que venga*” (1Co 11:26), en reconocimiento de su autoridad sobre todas las cosas y en particular sobre la iglesia “*la cual es su cuerpo*” (Ef 1:22-23).

ORDEN BÍBLICO DE LOS SÍMBOLOS

Abordaremos ahora una cuestión muy delicada: la cuestión del orden en que los dos símbolos deben ser practicados por el creyente.

Sin la menor duda, afirmamos que la Biblia coloca el Bautismo (la inmersión de los creyentes, no es necesario decirlo) antes de la Cena. Esto no es tomar un partido para justificar una práctica, pues nosotros hemos tomado la Cena antes de ser bautizados. Después de un examen imparcial de la cuestión, nos fue muy humillante reconocer que estábamos en el error y que habíamos expuesto puntos de vista que, aunque son profesados en diversos medios evangélicos, no pueden ser calificados de bíblicos. Se buscará sin duda en vano una denominación en la que la confesión de fe -no siempre practicada- abra la participación de la Cena o eucaristía a las personas no “bautizadas”. Igual que las iglesias de profesantes, las iglesias multitudinarias han mantenido el orden invariable: Bautismo-Cena, a través de los años. Este es un hecho histórico incontestable. Si nosotros suponemos entonces, como lo profesamos por otra parte, que el único Bautismo válido es el de los creyentes por inmersión, nosotros ocuparemos esencialmente la misma posición que toda la “cristiandad” al afirmar que el cristiano no sumergido no está llamado ni cualificado para participar de la Cena. No es esta, con todo, la dirección en la que buscaremos la solución. Iremos a la fuente, a la única revelación infalible de la voluntad de Dios: la Biblia.

He aquí estos argumentos bíblicos:

1 Número proporcional de textos

Es imposible decidir la importancia relativa de dos doctrinas bíblicas simplemente contando la cantidad de textos que se aportan. Con todo, este argumento que por sí solo no tendría más que un valor relativo, puede ser utilizado con otros, que no faltarán, amplificando la importancia. En la Biblia hay 38 capítulos que hablan del Bautismo y 7 que hablan de la Cena. Suprimiendo los pasajes paralelos quedan 34 capítulos por un lado y 5 por el otro. Contando los versículos (sin los paralelos) encontramos 67 sobre el Bautismo, aunque dos no hacen referencia al bautismo de agua (Mr 10:38; Lc 12:50), y otros

16 sobre la Cena. Estas cifras nos llevan a concluir la importancia asignada a cada uno de los símbolos en relación a su posición cronológica: Bautismo, después Cena.

2 El orden de la institución

La inmersión fue practicada por Juan el bautista por orden de Dios antes del inicio del ministerio público de Jesu-Cristo (Jn 1:33; Mt 21:25-26). Jesús mismo se hizo bautizar para cumplir así *“toda justicia”* (Mt 3:15 y paralelos). Contrariamente, *“los fariseos y los sabios de la ley, desecharon el consejo de Dios contra sí mismos, no siendo bautizados de él”* (Lc 7:30). Y hasta *“todo el pueblo, oyéndolo, y los publicanos, justificaron a Dios, bautizándose con el bautismo de Juan”* (Lc 7:29). Después Jesús mismo, y a continuación sus discípulos, practicaron la inmersión (Jn 4:1-2). Fue únicamente tres años después que, *“la noche que fue entregado”*, el Señor Jesús instituyó la Cena (Mt 26:26-29 y paralelos). De igual manera que la institución del Bautismo fue primero, la práctica de la inmersión debería lógicamente, en la experiencia del creyente, preceder a la participación en la Cena.

3 Significado relativo a los símbolos

De la misma manera que el nacimiento precede a la absorción de alimento material y el nuevo nacimiento a la absorción de alimento espiritual, así, por el simbolismo y la analogía de las Escrituras, el bautismo debe preceder a la Cena, puesto que representa el nacimiento a la nueva vida. Primero la regeneración (no bautismal); a continuación la santificación. A menos que despojemos al Bautismo y a la Cena de todo valor simbólico, los signos externos lógicamente deben seguir el orden de las realidades interiores que representan.

4 Autoridad absoluta de Jesu-Cristo

Si se le pregunta al cristiano no bautizado (sumergido) porqué tiene que participar de la Cena, responderá sin duda: Porque es un mandamiento del Señor. El considera, con razón, la participación en la Cena como un acto de obediencia. Pero nosotros podríamos preguntarle: ¿Por qué no consideras el ser sumergido? ¿No ha ordenado el Señor claramente la inmersión? ¿En nombre de qué

principio diremos: Obedeceré a este mandamiento más que a aquel otro? Todo se resume en la sumisión parcial o total a la voluntad de Dios. El cristiano se erige en juez de la “ley” al escoger los pasajes de la Palabra que quiere aceptar, para negligir aquellos que le molestan: “...pero si tú juzgas á la ley, no eres guardador de la ley, sino juez.” (Stg 4:11b). Dicha actitud es la negación de la supremacía absoluta de Cristo y de Su Palabra. Esencialmente es la misma que la del liberalismo religioso. Uno tiene el derecho de afirmar que el hijo de Dios que quiere participar de la Cena para obedecer y que evita el Bautismo bíblico, se seduce a sí mismo. De hecho, se hace culpable de una desobediencia manifiesta.

5 El programa de Jesu-Cristo para el mundo

¿Hay palabras más solemnes que aquellas que fueron pronunciadas por Cristo entre la resurrección y la ascensión? Ellas constituyen su testamento; son sus últimas voluntades expresadas antes de su partida a la casa del Padre. Estas son ya las palabras del Rey de reyes y del Señor de señores. Nos incumbe guardar los mandamientos dados en circunstancias tan excepcionales con una fidelidad y un celo particulares. La gran declaración registrada en Mateo 28:18-20 es muy significativa y nos indica, en un orden que ciertamente no tiene nada de casual, todo el programa del Maestro para la evangelización del mundo. “*Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y doctrinad á todos los gentiles, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado*”. Jesús, para garantizar la autoridad de su mandamiento, afirma que toda potestad le ha sido dada en el cielo y sobre la tierra. Notemos el orden cronológico de su programa:

- a) Ir: la misión.
- b) Hacer discípulos: la evangelización.
- c) Sumergir: el bautismo.
- d) Enseñar: la instrucción.
- e) Observar: la sumisión a sus órdenes.

Se resalta claramente que, en el pensamiento del Señor, el bautismo debe preceder a la Cena. Este texto, tiene por sí mismo, un peso tal de evidencia que convencerá a todo cristiano realmente deseoso de discernir el pensamiento del Señor. Es el mismo quien habla, y habla

en circunstancias particulares. Primero los discípulos debían ir a su campo de trabajo; después debían predicar el evangelio de salvación. Una vez que los que escuchaban llegaban a ser discípulos, debían recibir la señal exterior por el bautismo. Seguidamente, debían ser instruídos en los caminos del Señor. Finalmente, debían poner en práctica todo aquello que el Maestro había prescrito. Jesu-Cristo elige el bautismo como el acto inaugural, no de la vida en general, sino de la vida cristiana. No juzga necesario hacer mención de la Cena. El la coloca simplemente en el rango de todas las otras prescripciones. ¿Es este argumento más fuerte que aquel? Dios es un Dios de orden, no de desorden. ¡Que él nos guarde de modificar de una manera u otra la precedencia establecida por su propio Hijo en el momento en que toda autoridad le fue dada sobre la tierra y en el cielo!

6 Institución colectiva

La costumbre de llevar la Cena a los enfermos y a los aislados es una tradición puramente humana. No se justifica ni por la doctrina, ni por la práctica bíblica. Una de las características esenciales de la Cena es aquella de la comunión en el cuerpo de Cristo. (1Co 10:16). El “cuerpo” está doblemente representado por el pan y la misma iglesia. Ella debe celebrarse por la iglesia local reunida (1Co 11:20). Únicamente se puede “anunciar” la muerte del Señor juntos (1Co 11:26). Cristo instituyó la Cena después de la cena Pascual en el aposento alto. Once de sus íntimos estaban presentes (el orden cronológico de los acontecimientos es, según los mejores expertos en las ciencias bíblicas: Juan 13:23-26; Mateo 26:25; Juan 13:27-38 y paralelos; Lucas 22:17-20; este orden excluiría a Judas de la participación en la Cena). Los primeros participantes estaban “reunidos”. Se nos dice que los discípulos posteriormente *“perseveraban en la doctrina de los apóstoles, y en la comunión, y en el partimiento del pan, y en las oraciones”* (Hch 2:42). *“El primer día de la semana, juntos los discípulos a partir el pan”* (Hch 20:7). *“Porque un pan, es que muchos somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel un pan”* (1Co 10:17). *“Cuando pues os juntáis en uno... ¿no tenéis casas en que comáis y bebáis? ¿ó menospreciáis la iglesia de Dios...?... Así, que, hermanos míos, cuando os juntáis á comer, esperaos unos á otros. Si alguno tuviere hambre, coma en*

su casa” (1Co 11:20, 22, 33-34). Estos textos muestran claramente el aspecto social de la Cena. El único pasaje que parecería invalidar nuestro argumento sería Hechos 2:46: “*Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y con sencillez de corazón*”. Para la enseñanza, ellos se podían reunir en el templo durante mucho tiempo mientras gozaron del favor público. Pero para “partir el pan”, ellos no pudieron reunirse en un mismo lugar, menos aún para cenar, pues alrededor de tres mil almas fueron añadidas a la iglesia el día de Pentecostés. Estas “casas” particulares constituyeron a menudo los lugares de reunión para los cristianos (en las epístolas encontramos numerosos ejemplos). Estas “casas” albergaban igualmente verdaderas iglesias locales. La Cena únicamente se celebraba colectivamente.

Como individuo, el cristiano no ha recibido la orden de observar la Cena, ni se observaba así la Cena en los tiempos apostólicos. Los discípulos impedidos por razones mayores de participar de la Cena, no son culpables de ninguna desobediencia. La orden ha sido dada a un colectivo, o sea, a la iglesia; a la iglesia local, no es necesario decirlo: “*Haced esto en memoria de mi*”, “*bebed de él todos*”. Los mandamientos son dados en plural, mientras que, para el Bautismo, son dados en singular puesto que conciernen al individuo: “*El que creyere y fuere bautizado...*”, “*bautícese cada uno de vosotros*”. Según esto, se pertenece a la iglesia local a partir del momento en que, sobre su profesión de fe, uno ha sido sumergido en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Esta obligación de celebrar la Cena no pesa sobre los cristianos que, por una razón u otra, se excluyen ellos mismos de los privilegios y de las responsabilidades de una iglesia local. ¿Cómo podrían ellos estar, por otra parte, en perfecta comunión con hermanos que profesan puntos de vista incompatibles con los de ellos sobre cuestiones tan importantes como la de la obediencia al Señor en el bautismo y la incorporación a la membresía de la iglesia local?

7 La práctica de las iglesias primitivas

Los apóstoles siguieron escrupulosamente la orden del Señor: “*Id, y doctrinad... bautizándolos... enseñándoles que guarden todas las cosas*”. La primera proposición que trataremos de establecer es que todos los convertidos fueron inmediatamente bautizados.

Encontramos al menos seis ejemplos en el libro de los Hechos. (Señalamos una excepción en los Evangelios: el ladrón sobre la cruz. Pero este caso especial de imposibilidad material ¿no prueba nada más que se puede ser salvo sin ser bautizado?).

Henos aquí en el día de Pentecostés, en Jerusalem. Los discípulos, llenos del Espíritu Santo, predicán el evangelio a la multitud. Como consecuencia muchos exclaman: “*Varones hermanos, ¿qué haremos?*”. He aquí que los oyentes desean voluntariamente someterse a la voluntad de Dios. Pedro les dice: “*Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros...*”. He aquí la obediencia a la misión: “*Id, y doctrinad*“. Después, leemos que “*los que recibieron su palabra, fueron bautizados*”. He aquí el mandamiento: “*Bautizándolos*”. Finalmente, leemos: “*Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, y en la comunión, y en el partimiento del pan...*”. He aquí el deber: “*enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado*”. Pedro no les dice: Arrepentíos, creed en Cristo y venid a la Mesa del Señor, después os bautizaréis si queréis. Únicamente aquellos, pero ciertamente todos aquellos, que reciben el mensaje de Pedro son bautizados. Únicamente aquellos que son bautizados perseveran en la doctrina de los apóstoles y en el partimiento del pan (Hch 2:41-42).

Felipe también, en la medida de lo posible, sigue este orden en el caso del eunuco etíope. “Va” al desierto. “Predica” el evangelio, haciendo también un “discípulo”. El eunuco fue a continuación “sumergido”. No tomó la Cena, puesto que no había iglesia en el desierto, pero fue al menos sumergido (Hch 8:38).

Ananías actúa igual con Saulo de Tarso. El Señor mismo había cumplido los dos primeros puntos del programa. Parece que ningún hombre podía llevar a Pablo al arrepentimiento. Pero cuando su conversión es constatada, Ananías le dice: “*Ahora pues, ¿por qué te detienes? Levántate, y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre*” (Hch 22:16). “*Y luego le cayeron de los ojos como escamas, y recibió al punto la vista: y levantándose, fue bautizado*” (Hch 9:18). Asimismo después de permanecer tres días sin comer ni beber, Pablo fue bautizado. La obediencia fue tan inmediata que, a pesar de su estado de debilidad, la absorción de alimentos quedó en segundo lugar. Y esto no quiere decir que más tarde Pablo tomó la Cena.

Pedro, la fidelidad del cual a la orden del Señor se manifiesta en relación a los judíos en Pentecostés, no cambia de programa cuando Dios lo envía a los paganos. ¿Por qué entonces otro método? ¿Jesucristo habría cambiado el orden de su programa? a) Pedro predica; b) Cornelio y su casa se convierten; c) Pedro **manda** (la expresión es muy fuerte) que sean sumergidos; d) Pedro queda algunos días con ellos para enseñarles todo lo que el Señor ha prescrito. Si celebraron la Cena, esto no pudo ser hasta después del Bautismo (Hch 10:47-48).

Pablo adopta el mismo programa. Había tenido revelaciones personales del Señor; las cuales concordaban con las órdenes precedentes dadas a los discípulos. En Filipos, encuentra a Lidia y le predica el evangelio. El Señor le abrió el corazón; ella llegó a ser discípula y fue bautizada. Aquí también el Bautismo precede a la Cena (Hch 16:14-15). Lidia había creído a pesar de todo en Dios; debía por lo tanto ser bautizada. Su piedad, su fe y su consagración no podían reemplazar la obediencia.

El caso del carcelero es diferente. El era ciertamente un ignorante de las cosas de Dios, o sea, un incrédulo. Con todo, después del temblor de tierra, Pablo le predica el evangelio, él cree a Dios con toda su familia, después es bautizado y con qué diligencia: “*en aquella misma hora de la noche*”. No pudo participar en ninguna manera de la Cena antes de ser bautizado (Hch 16:33).

En todos los casos, aunque variaron las circunstancias y las personas, la práctica apostólica invariablemente se corresponde con el orden establecido por Cristo: predicación, conversión, bautismo. El creyente no puede participar de la Cena antes de ser bautizado. La rápida sucesión: conversión-bautismo, no le ofrece la posibilidad.

Consideraremos ahora la cuestión bajo otro ángulo, para establecer que, **todos aquellos que participaron efectivamente en la Cena en los tiempos apostólicos habían sido previamente bautizados.**

La observancia de la Cena nos es relatada en cuatro pasajes:

a) **La institución de la Cena.**

Estaban presentes el Señor y los once apóstoles (el hecho de la presencia o ausencia de Judas no invalidaría aquí nuestra argumentación). Juan había bautizado a Jesús en el Jordán (Mt

3:13-16 y paralelos). La pregunta que se nos presenta sería: ¿Todos los apóstoles estaban bautizados en aquel momento? Nosotros contestamos sin dudarle afirmativamente, incluso en la ausencia de un texto explícito. Muchos habían sido discípulos de Juan (Jn 1:35-42). Habían sido bautizados por Juan. Por otra parte, sería inconcebible que Jesús hubiese escogido a los restantes entre aquellos que “*desecharon el consejo de Dios contra sí mismo, no siendo bautizados*” (Lc 7:30). Aquellos que no habían sido bautizados eran los fariseos y los doctores de la Ley. Ninguno de los doce no formaría parte de ellos. Nuestra proposición parece por tanto bien fundamentada dado que los discípulos mismos bautizaban (Jn 4:2). ¿Cómo hubiera podido tolerar el Señor en sus apóstoles la inconsecuencia de imponer el bautismo en tanto que ellos mismos no se había sometido a él? Y ¿cómo aún podía ordenarles bautizar a los discípulos que hacían, si ellos habían quedado sin sumergir? El bautismo de Juan, que se mostró insuficiente después de la ascensión (Hch 19:1-5), era el único conocido y obligatorio en el momento de la institución de la Cena.

b) Nuestro segundo ejemplo es el de la **iglesia de Jerusalem** en Pentecostés (Hch 2:42, 46).

Hemos visto que aquellos que recibieron la Palabra fueron bautizados y que seguidamente perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión fraternal, en el partimiento del pan y en las oraciones. No insistiremos sobre ello, está suficientemente claro.

c) **La iglesia de Corintio** constituye el tercer ejemplo (1Co 10 y 11)

Pablo dirige severos reproches a los corintios a propósito de las irregularidades y los escándalos que se producían alrededor de la Mesa del Señor. Se podría casi preguntar si los participantes eran convertidos. Con todo, no hay ninguna duda de ello. Pablo les censura diciéndoles: “*No podéis beber la copa del Señor, y la copa de los demonios*” (1Co 10:21); “*yo, hermanos, no pude hablaros como á espirituales, sino como á carnales, como á niños en Cristo*” (1Co 3.1). A la vez que les escribe también: “*Vosotros labranza de Dios sois... ¿No sabéis que sois templo de Dios, y que*

el Espíritu de Dios mora en vosotros?... porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es” (1Co 3:9, 16, 17). Los corintios no solamente eran convertidos, también habían sido bautizados. Pablo les pregunta: “¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿ó habéis sido bautizados en el nombre de Pablo?” (1Co 1:13). El apóstol les muestra que el servidor de Dios no es nada. Ellos no debían estar divididos por preferencias humanas, sino realmente unidos en Cristo. Pablo afirma indirectamente también que Cristo ha sido crucificado por ellos y que es en el nombre de Cristo que ellos han sido bautizados. Aquellos que, participando de la Cena del Señor, manifestaban tan poco la muerte del viejo hombre, habían efectivamente seguido al Señor en las aguas simbólicas del bautismo.

d) Nuestro último ejemplo es aquel de **los discípulos de Troas** (Hch 20).

Se trata simplemente de saber a quien refiere el versículo 7: “*Y el día primero de la semana, juntos los discípulos a partir el pan...*” .Estos son, en primer lugar, los compañeros de trabajo y de viaje de Pablo, mencionados en el versículo 4: Sopater, Aristarco, Segundo, Gayo, Timoteo, Tychíco y Trófimo. Esperaban a Pablo en Troas. El había hecho bautizar a los primeros discípulos de Filipos: Lidia, el carcelero y sus “casas”. Sabemos que bautizó a Crispo y Gayo, y también a la familia de Estéfanos en Corinto. Lo que sabemos del pensamiento y de la acción de Pablo no impide admitir una inconsecuencia cualquiera en su vida. El no habría bautizado a aquellos cristianos y aún a otros (Hch 18:8) sin bautizar también a sus colaboradores, si ellos no lo estaban ya. Gayo es un ejemplo de ello. Además, en Troas habían discípulos. Podemos también presumir que ellos habían sido bautizados. En efecto, estos discípulos se habían convertido, en parte, durante la estancia anterior de Pablo en Troas. A menos que supongamos que tenía dos patrones, Pablo actúa respecto a ellos como había actuado poco antes, y como también poco después, en Filipos (Hch 16:15, 33) y en Corinto (1Co 1:14-16). Evidentemente los había bautizado o hecho bautizar. Los cristianos de Troas no formaban una clase especial. No había razón para hacer una excepción para ellos. Troas era una ciudad de Asia Menor, igual que Éfeso y Colosas y las ciudades de Galacia. Pues Pablo escribe a los gálatas:

“Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo...” (3::27). Escribe a los Efesios: “Maridos, amad á vuestras mujeres, así como Cristo amó á la iglesia, y se entregó á sí mismo por ella, para santificarla limpiándola en el lavacro (bautismo) del agua por la palabra” (5:25-26). Una iglesia es santificada por la Palabra, después de haber sido simbólicamente purificada en la persona de todos sus miembros por el bautismo de agua. Esta enseñanza se aplica, para todos, tanto a Troas como a Éfeso o Jerusalem. Pablo escribe por otra parte aún a los Colosenses: “Sepultados juntamente con él en el bautismo... cuando esta carta fuere leída entre vosotros, haced que también sea leída en la iglesia de los Laodicenses” (2:12; 4:16). La iglesia de Laodicea era también una iglesia de Asia Menor. Esta acumulación de testimonios nos permite pensar que los discípulos de Troas estaban bautizados.

Además, la enseñanza general de las Escrituras no nos permitiría ver aquí una excepción, aunque se substituya alguna duda por certezas. Cuando todo el peso de la evidencia bíblica se encuentra en un solo lado, los principios de sana interpretación nos impiden ver excepciones en los pasajes menos explícitos.

Todos estos argumentos tienen, ciertamente, un gran valor intrínseco; y ¿cuanta más importancia no tendrán cuando se considera su evidencia acumulativa, sobre todo frente a la inexistencia total de argumentos verdaderamente bíblicos en favor de la Cena amplia?

OBJECIONES AL ORDEN BÍBLICO DE LOS SÍMBOLOS

Hemos revisado la doctrina y la práctica apostólicas. Pensamos haber establecido nuestra proposición según la cual no existe precedente bíblico de una Cena abierta a los discípulos no sumergidos. ¿Qué se puede oponer a esta proposición? Argumentos exclusivamente extrabíblicos sentimentales, de silencio o ecuménicos.

1 El sentimiento no debe dirigirnos nunca en cuestiones doctrinales. Se invita algunas veces a la Cena a todos los creyentes indistintamente, bajo el pretexto que la Mesa es del Señor y no de una iglesia. ¿No es esta antes una excelente razón para únicamente invitar a aquellos que el mismo Señor invita claramente en su Palabra? ¿Tenemos el derecho o la pretensión de ser más amplios que Dios mismo en nuestra caridad?

2 Por otra parte, el argumento del silencio: “La Cena amplia no está prohibida en la Biblia”, es de una debilidad extrema. La cuestión no podía formularse ni tan solo en los tiempos apostólicos, porque el orden observado invariablemente excluía de hecho la Cena amplia. ¡Cuántas cosas no son prohibidas en la Biblia que son en cambio severa y justamente condenadas por los mismos cristianos que utilizan este argumento para la Cena!

3 En cuanto al ecumenismo, se funda sobre bases asombrosamente frágiles. “Que sean una cosa” es, indudablemente, la voz del Señor. Pero Jesús cualifica esa unidad. El añade: “como también nosotros”. No unidad de número, habla de sí mismo, puesto que se trata del Padre y del Hijo; sino unidad de naturaleza, puesto que esta unidad debe hacerse bajo el plan de una identidad perfecta de doctrina y de acción, que no se daría en el caso de la Cena amplia, a menos en lo que concierne a la necesidad de la inmersión de los creyentes.

Frente a la autoridad de la pobreza y debilidad de las objeciones, ¿quién se atrevería a añadir, quitar o cambiar aquello que fue la práctica apostólica? ¿Qué cristiano o qué iglesia fiel se atrevería a cambiar el orden tal y como fue establecido por Jesu-Cristo mismo? ¿Quién se atrevería a acusar a la Iglesia Romana de tener prácticas extrabíblicas, a la vez que él mismo profesa puntos de vista extraños a la Palabra de Dios? *“Por lo cual eres inexcusable,*

oh hombre, cualquiera que juzgas: porque en lo que juzgas á otro, te condenas á ti mismo; porque lo mismo haces, tú que juzgas” (Ro 2:1). La cuestión de la Cena se plantea en la actualidad únicamente debido de la degeneración de las formas bíblicas del bautismo y de la Iglesia. Satanás ha tenido éxito mezclando los espíritus. Pero nosotros podemos luchar contra él proclamando con ardor todo el consejo de Dios.

La aplicación absolutamente rigurosa y constante de este principio no se podrá hacer sino con dificultad en nuestro tiempo de confusión religiosa. Habrá sin duda casos diferentes y el que preside una reunión de santa Cena no puede estar llamado a hacer de policía alrededor de la Mesa del Señor. Pero hará al menos que el creyente no bautizado sepa que la orden de observar la Cena no se dirige a él. No es cuestión de excluirlo de un privilegio, sino dispensarlo de una obligación imaginaria, y sobre todo de hacerle ver que está violando un orden claramente establecido por Dios en su Palabra.

CONCLUSIÓN

Estamos persuadidos que el lector habrá comprendido la gran importancia del problema examinado.

Hubiéramos podido situarnos en el terreno histórico, y mostrar la fidelidad de las denominaciones “cristianas” a este principio bíblico de una Cena estricta, así como ellos mismos han abandonado tantas otras verdades. Hubiéramos podido invocar el ejemplo de iglesias-hermanas que han permanecido fieles a la Palabra de Dios. Un conocimiento de estos hechos es precioso, sin duda, pero hemos preferido limitarnos al terrero de las Escrituras. El cristiano sumiso a la autoridad suprema de Cristo sabrá tomar posición a la vista de esta enseñanza.

La cuestión de la Cena no es una cuestión de costumbre, aunque la costumbre general de los grupos “cristianos” ha sido exigir el bautismo o su sucedáneo, la aspersion de los niños, para participar de la Cena.

Esta cuestión no se resuelve por la práctica de tal o cual iglesia evangélica, aunque las más fieles mantienen la Cena restringida.

No es, en fin, una cuestión de consagración. Si creyentes no sumergidos son más consagrados que ciertos creyentes sumergidos, estos últimos tienen razones para humillarse; pero los otros no pueden encontrar en ello una razón para participar regularmente de la Cena. ¿Cómo puede alguien ser realmente “consagrado” cuando ha reconocido la verdad del bautismo bíblico sin obedecer el orden formal del Señor? “*Si me amáis, guardad mis mandamientos*” (Jn 14:15).

Estamos delante de una cuestión de obediencia a un mandamiento dado por nuestro Señor y practicado por los apóstoles. Rechazar seguir este orden, es negar la autoridad absoluta de la Biblia. Si se duda un poco en calificar esta actitud de liberalismo religioso, hay al menos, hemos de reconocerlo, un fenómeno con el cual está extrañamente emparentado. Reconozcamos la autoridad de la Palabra de Cristo y los precedentes apostólicos, y demos así testimonio de nuestro deseo de someternos a la voluntad de Dios que es siempre buena, aceptable (sino agradable) y perfecta.

Tabla de contenidos

Prefacio	3
Significado bíblico de los símbolos	4
1 El Bautismo	4
2 La Cena	4
3 Semblanzas	5
Orden bíblico de los símbolos	6
1 Número proporcional de textos	6
2 El orden de la institución	7
3 Significado relativo a los símbolos	7
4 Autoridad absoluta de Jesu-Cristo	7
5 El programa de Jesu-Cristo para el mundo	8
6 Institución colectiva	9
7 La práctica de las iglesias primitivas	10
Objeciones al orden bíblico de los símbolos	15
Conclusión	17

Otras publicaciones de:

*Serie "Cuadernos de fundamentos".

*Serie "Reflexión Teológica".

*Serie "Estudio Bíblico".

*Serie "Información y Denuncia".

*Serie "Edificación Cristiana".

*Serie "Los Fundamentales".

Escríbenos solicitando el "Catálogo" de publicaciones y recibirás gratuitamente nuestro boletín cuatrimestral "Koinonía".

Edicions Cristianes Bíbliques

Apartat 10.053 08080 Barcelona-Catalunya (España)

Correo-e: ecb.edicions@wanadoo.es

edicions@ecbministeris.org

URL: <http://www.ecbministeris.org>

Nombre y apellidos:

Calle/Plaza: *nº:* *piso:*

Población: *C.P.:* *País:*

